

CENTRO MISIONERO MARYKNOLL

Descolonizar

Una búsqueda y un imperativo de humanización

JOSE LUIS LOPEZ

DESCOLONIZAR UNA BÚSQUEDA Y UN IMPERATIVO DE HUMANIZACIÓN

Hace apenas ocho años que las transformaciones profundas e insistentes en Bolivia cobran fuerza. Poco a poco los líderes de opinión, los nuevos actores sociales y los dramáticos conflictos sociales han logrado configurar en el imaginario social las palabras “cambio y transformación”. Hasta antes, parecía que era una utopía creer y esperar “otro mundo” y otra realidad. “¡Ahora es cuando!”, se escucha murmurar y gritar con más frecuencia, sobre todo en aquellos lugares conocidos como “populares”. Tenemos un gobierno simplemente “distinto” a los gobiernos de hace 20 años. Y distinto no sólo por el rostro de quien lo representa, sino también por los rostros de quienes lo afirman y se identifican con él. Distinto y distante todavía, porque su principal desafío es el de convencer que el cambio no sólo es una frase fácil de repetir y la transformación no es un sueño. “Bolivia cambia” es su eslogan, y ojala esa fuera una verdad completa.

Lo cierto es que el cambio, por muchas razones y en muchos casos, no es algo que se logra mendigando la voluntad de hacerlo. Por lo menos hasta hace poco, los cambios se provocaron tirando piedras y recibiendo balas. Hay un manto de violencia que quiere envolver a una sociedad que por un lado, busca transformaciones y que por otro lado, se resiste a hacerlo. La tensión entre cambiar y resistirse al cambio parece ser la síntesis más elocuente de la realidad boliviana, antes que la polarización en la cual a veces pensamos hundirnos. Esto es a lo que podemos llamar con certeza una “crisis”. Para Leonardo Boff la crisis siempre es una oportunidad de crecimiento¹, una “oportunidad” que no se puede desperdiciar. Por tanto, la crisis antes de ser una realidad negativa, como a veces solemos ver y oír de nuestra coyuntura política, es la morada de grandes y profundas transformaciones.

Así es, en su sentido filosófico la palabra crisis hace referencia al proceso de purificación (acrisolar, del sánscrito *kri* o *kir*) de lo más nuclear, de lo más profundo. En tiempos de crisis se pone en juego (en tensión) lo más profundo. En su origen griego, la palabra crisis (*krínein*) hace referencia a la “decisión” en un juicio. Para un juez, valorar (pesar) las razones de una y otra parte debe tener como resultado final su decisión. En este sentido, la crisis no se puede experimentar o vivir de forma pasiva, sino que, como es propio de la crisis, debe decidirse sobre algo; y ello supone mucha vitalidad creadora. Todas las cosas grandes acontecen en la crisis, en el torbellino, diría Martín Heidegger. Si la crisis supone purificar, cambiar lo más profundo, y tomar las decisiones más apropiadas (oportunas) para ello, nos preguntamos ¿qué cambios profundos emergen de nuestra crisis en Bolivia?

Una de las realidades que podría identificarse como profunda es la “descolonización”. No porque sea una palabra que está de moda sino porque parece ser que la condición colonial es una de las raíces de nuestra crisis. Corremos el riesgo de diluir el significado de esta palabra asociándola únicamente a la coyuntura política por la que atravesamos. Ya es conocido que cuando una palabra se convierte en un eslogan fácil de repetir, se vacía de contenido y pierde el significado “profundo” que podría encarnar. Con frecuencia se asocia la descolonización simplemente a la agenda política de un gobierno, o de “algunos resentidos” que no han superado la historia de colonialismo que “¡ya pasó!”. En esta reflexión

¹ “Hay momento en la vida en que, para subir, es preciso descender y entrar en crisis. Y para seguir siendo el mismo hay que saber cambiar. Sin embargo, si comprendemos que la crisis es el nicho generoso en que se prepara un mañana mejor, la penumbra que antecede a la salida del sol, y sabemos quedarnos firmes, aceptando el desafío y esperando contra toda esperanza, entonces tendremos la oportunidad de madurar y dar un salto hacia dentro de un horizonte más rico en vida humana y divina”. Boff, *La crisis como oportunidad de crecimiento*, Sal Terrae, España 2004, p. 50.

simplemente quiero dar más razones del por qué la descolonización es un tema profundo. Desde esta perspectiva, descolonizar no es otra cosa que seguir ahondando en lo humano, redescubriendo lo humano y aspirando a lo humano de cada uno/a.

1.- “Los poderosos conciben la historia como un espejo: ven en el rostro deshecho de los otros – humillados, vencidos o ‘convertidos’- el esplendor del suyo propio”. LOS COROLARIOS DE LA COLONIALIDAD

La frase del subtítulo es de Octavio Paz en *Corriente Alterna*. Podría complementarse con aquella frase de Eduardo Galeano en *las Venas Abiertas*: “el subdesarrollo de América Latina no es un paso al desarrollo, es su consecuencia”. En ambos casos no se encuentra una lectura progresista de la historia, de peor a mejor o de pobre a rico. Se ve, más bien, una concepción antagónica y quebrada de la historia que busca y necesita un reparo histórico no progresista. En el mismo texto Octavio Paz advierte que América Latina es una porción excéntrica y atrasada de Occidente, una suerte de moneda con dos caras no iguales pero juntas y tensionadas. Esa paradoja de dos caras no puede seguir siendo una realidad aceptable sino el punto de partida de una crisis. No cabe duda entonces, que el lado no excéntrico, el lado atrasado, dominado y explotado de América Latina se convierte en el *locus*, el lugar desde donde se busca dar cuerpo a ese reparo histórico, porque el otro lado, el lado excéntrico, ve sólo su propio esplendor, por tanto es incapaz de hacer reparos históricos. Podríamos decir que esta realidad de doble rostro, humillado y esplendoroso, es una realidad afincada en una matriz colonial de la historia.

Sólo hasta diciembre de 1960 es que la ONU declaró que la sujeción de pueblos a una subyugación, dominación y explotación extranjeras constituye una denegación de los “derechos humanos” fundamentales. No obstante que esa afirmación nace del convencimiento de dar fin al colonialismo en todas sus manifestaciones, puesto que impide y entorpece el desarrollo social, cultural, económico y político de los pueblos sujetos a esa condición, no fue ni será ninguna novedad afirmarlo. Precisamente ésta fue la razón que dio lugar a los procesos independentistas de principios del siglo XIX en América Latina, si bien sólo ha tenido efecto y beneficio para las oligarquías europeizadas de entonces. Y aunque así lo afirme la ONU y los libros de historia cuenten fácilmente que los pueblos que lograron emanciparse del dominio colonial y se constituyeron en Estados independientes, ahora son “libres”, el dominio colonial y su lógica persisten hasta hoy. El colonialismo logró prolongarse más allá y a pesar de los procesos de emancipación.

Hay quienes hacen una diferencia conceptual entre las palabras “colonialismo” y “colonialidad”. Mientras la palabra *colonialismo* hace referencia al fenómeno histórico de ocupación e imposición, una forma de explotación/dominación explícita de unos pueblos sobre otros, y sobre lo cual la ONU se pronunció en 1960; la palabra *colonialidad* hace referencia a un patrón de poder centrado en la diferencia racial de las poblaciones que supone una transición del colonialismo a una suerte de colonialidad global.² Si bien no existe la una (colonialidad) sin la otra (colonialismo), en este texto usaremos el contenido dado al concepto colonialidad y, en algunos casos, haremos referencia a la realidad histórica del colonialismo.

² Véase Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel, el Prólogo a *El giro Decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar, 2007. p. 13.

Aníbal Quijano sostiene que la colonialidad ha probado ser más duradera y estable que el colonialismo, por esto mismo se trata de un “patrón de poder” que se reproduce y tiene continuidad histórica.³ Todavía ahora algunas personas siguen usando los conceptos de “raza negra”, “raza indígena”, “raza mestiza” para caracterizar a quienes son simplemente distintos. La “raza” fue y todavía es una construcción mental que divide, selecciona a las poblaciones y las jerarquiza de inferior a superior; además, justifica la dominación de quienes se ven como superiores sobre los que son vistos como inferiores. Éste era uno de los argumentos constitutivos del colonialismo del siglo XVI. Ginés de Sepúlveda en 1547 sostenía que los “bárbaros” del Nuevo Mundo eran humanamente inferiores a los españoles como lo son los niños a los adultos y las mujeres a los varones que justa, natural y humanamente era prudente que fueran dominados.⁴ Se trata pues de una tautología: “tú eres inferior a mí porque yo soy superior”, que identifica al otro que no es “igual”, por sus rasgos físicos y culturales, como inferior. Aunque estos argumentos fueron debatidos filosófica y teológicamente en su tiempo, no queda duda que fundamentó la praxis de dominación colonial hasta hoy.

Esta construcción de racialidad mental de lo superior sobre lo inferior, tiene además su correlato, más bien su consecuencia en otra imagen: el eurocentrismo. La llegada de Colón a las Indias en 1492 significó una novedad histórica, no por lo que Colón creía haber encontrado sino porque desde entonces se creó la imagen de que Europa estaba al centro de la historia mundial. Desde ese imaginario estudiamos y creemos que en el “viejo mundo” se concentra el origen de la historia (Grecia-Roma-Europa) de nuestra civilización y que en ella también está nuestro futuro. Todavía ahora escuchamos en los discursos de políticos y académicos resplandecidos de orgullo cuando se refieren a los países europeos como los más modernos, avanzados, desarrollados y civilizados, dando por sentado que en nuestra situación de inferioridad no podemos hacer otra cosa que anhelar esa situación de superioridad europea. Enrique Dussel afirma que la historia lineal que comienza con Grecia continúa con Roma y acaba en Europa es sólo un invento ideológico de fines del siglo XVIII, de los románticos alemanes y del modelo ario racista.⁵ Entonces, el eurocentrismo no es sino otra expresión de la colonialidad.

Un elemento más está ligado a la historia y al pensamiento colonial: la modernidad capitalista. Ya en el siglo XVI estaba presente el argumento que para justificar la dominación colonial, la cultura dominante (europea) otorga a las culturas atrasadas (indígenas de América) los beneficios de la civilización. El argumento de la “civilización” y “humanización” de los indios estaba ligado indiscutiblemente a su

³ Ver Aníbal Quijano, “colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En Edgardo Lander (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, 2000, 201-246.

⁴ El texto completo: “Téngase, pues, por cierto é inconcuso, puesto que lo firman sapientísimos autores, que es justo y natural que los hombres prudentes, probos y humanos dominen sobre los que no lo son, y esta causa tuvieron los romanos para establecer su legítimo y justo imperio sobre muchas naciones, según dice San Agustín en varios lugares de su obra *De Civitate Dei*, los cuales cita y recoge Santo Tomás en su libro *De Regimine Principum*. Y siendo esto así, bien puedes comprender [...] si es que conoces las costumbres y naturaleza de una y otra gente, que con perfecto derecho los españoles imperan sobre estos bárbaros del Nuevo Mundo é islas adyacentes, los cuales en prudencia, ingenio, virtud y humanidad son tan inferiores á los españoles como los niños á los adultos y las mujeres a los varones, habiendo entre ellos tanta diferencia como la que va de gentes fieras y crueles á gentes clementísimas, de los prodigiosamente intemperantes á los continentales y templados, y estoy por decir que de monos á hombres”. (Ginés de Sepúlveda, 1547) En Paulo Suess, *La conquista espiritual de la América española*. Abya Yala, Quito 2002. p. 257.

⁵ Ver Enrique Dussel, “Europa, modernidad y Eurocentrismo”. En: Edgardo Lander (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, 2000, 41-53.

sometimiento.⁶ Más o menos parecido al argumento que los padres usan con sus hijos menores: “me tienes que obedecer (te sometes a mí) porque yo sé qué es lo que te conviene (tú te beneficias)”. Por ejemplo, en nuestro tiempo es común que muchas personas estén convencidas de la necesidad de “educar al indígena”: “Es que dejarlos en la ignorancia es permitir que los políticos los manejen como a ovejas”, sostienen como si los “educadores” fuesen portadores autorizados del bienestar de los indígenas. En este sentido se piensa que la “modernidad” es un fruto ganado por las sociedades europeas y que los tercer mundistas no podemos sino beneficiarnos de ella y perseguirla. Wallerstein sostiene que la economía capitalista y el moderno sistema mundial están fuertemente ligados a la realidad colonial de América.⁷ La expansión geográfica, los métodos de control del trabajo ligado a la explotación de la mano de obra para el beneficio estrecho y privado del explotador, dieron lugar a que América se convierta en el patrón de la modernidad. América no se incorporó a una ya existente modernidad capitalista, sino que una modernidad capitalista no hubiera tenido lugar sin América.⁸ En ese sentido, la modernidad de la economía capitalista es constitutiva de la colonialidad.

Pensemos que todas estas realidades constitutivas de la colonialidad (racismo, eurocentrismo y modernidad capitalista) no sólo nacieron en América producto del colonialismo del siglo XVI sino que tuvieron su continuidad -por lo menos una continuidad discursiva porque la realidad se presenta variopinta-, impulsados por los grupos internos de la élite política y económica, después de los procesos de independencia. Los Estados modernos fueron (todavía son) la realidad/poder que profundiza la colonialidad, esta vez con distinta arquitectura institucional. Podríamos decir que en los más de 180 años de existencia del Estado boliviano la colonialidad se fue configurando en la práctica política, en el diseño de la economía, la educación y la administración de las instituciones; la colonialidad habita en las mismas relaciones cotidianas entre personas y de las personas con el entorno. Es sin duda, una realidad profunda que ahora está en crisis.

2.- “Era dignidad todo lo que teníamos”. EL ARGUMENTO MÁS VALIOSO PARA LA DESCOLONIZACIÓN

La frase del subtítulo es de Ramona, una mujer zapatista, pequeña, indígena e invisible para muchos; una mujer que ya no existe, murió por consecuencia del cáncer, pero vive arraigada en las imágenes vigorosas e inolvidables de quienes buscan siempre lecciones de dignidad. El 16 de febrero de 1997 pronunció este potente discurso que en parte reproducimos: “Entonces ese dolor que nos unía nos hizo hablar, y reconocimos que en nuestras palabras había verdad, supimos que no sólo pena y dolor habitaban nuestra lengua, conocimos que hay esperanza todavía en nuestros pechos. Hablamos con nosotros, miramos hacia dentro nuestro y miramos nuestra historia: vimos a nuestros más grandes padres sufrir y luchar, vimos a nuestros abuelos luchar, vimos a nuestros padres con la furia en las manos, vimos que no todo nos había sido quitado, que teníamos lo más valioso, lo que nos hacía vivir, lo que hacía que nuestro paso se levantara sobre plantas y animales, lo que hacía que la piedra estuviera

⁶ “Será siempre justo y conforme al derecho natural que tales gentes [los indios] se sometan al imperio de príncipes y naciones más cultas y humanas, para que por sus virtudes y la prudencia de sus leyes, depongan la barbarie y se reduzcan a vida más humana”. Sepúlveda, *Ibíd.*

⁷ “El argumento de este libro será que para el establecimiento de tal economía-mundo capitalista fueron esenciales tres cosas: una expansión del volumen geográfico del mundo en cuestión, el desarrollo de variados métodos de control del trabajo para diferentes productos y zonas de economía-mundo, y la creación de aparatos de Estado relativamente fuertes en lo que posteriormente se convertirían en Estados del centro de esta economía-mundo capitalista”. Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, Siglo XXI Editores, 1976, Madrid. pp. 53-54.

⁸ Ver Anibal Quijano y Wallerstein Immanuel, “La americanidad como concepto, o América en el moderno sistema mundial”. En: *Revista internacional de Ciencias Sociales* N° 134/Diciembre, Madrid 1992. p. 583.

bajo nuestros pies, y vimos, hermanos, que era DIGNIDAD todo lo que teníamos, y vimos que era grande la vergüenza de haberla olvidado, y vimos que era buena la DIGNIDAD para que los hombres fueran otra vez hombres, y volvió la dignidad a habitar en nuestro corazón, y fuimos nuevos todavía, y los muertos, nuestros muertos, vieron que éramos nuevos todavía y nos llamaron otra vez, a la dignidad, a la lucha”⁹. La dignidad es la capacidad de no conformarse, de mirar en lo más hondo de la propia historia y encontrar en ella la alternativa para seguir viviendo, para seguir luchando. Es ésta la raíz de la descolonización.

Frente a los largos y afincados procesos de colonialismo y colonialidad, siempre emergieron proyectos de descolonización. Las investigaciones de Silvia Rivera, por ejemplo, muestran que las luchas indias, antes de la fundación del Estado boliviano y después, en sus distintas etapas, suponen una continua lógica de la rebeldía.¹⁰ Una lógica que encarna no sólo procesos de activa resistencia sino de construcción intelectual y proyección histórica de un mundo tenido al margen. El colonialismo y la lógica de la colonialidad siempre tendrán su antagónico a pesar de sus tendencias hegemónicas. Por tanto, todos los proyectos des-coloniales que nacen en la base de los subalternos son proyectos contemporáneos a la modernidad capitalista. Por ejemplo, los proyectos rebeldes de los Katari-Amaru “eran expresión de la modernidad indígena, donde la autodeterminación política y religiosa significaba una retoma de la historicidad propia, una descolonización de los imaginarios y de las formas de representación”¹¹.

La descolonización ya tuvo (ya tiene) lugar, se construye y se proyecta. Los ciclos de rebeldía contemporánea (en Bolivia y en América Latina) experimentados en las dos últimas décadas, no son sólo la expresión de movimientos sociales indignados y enfurecidos¹² sino que además, son la expresión de un nuevo proceso des-colonial.¹³ En el caso de los movimientos indígenas, José Bengoa destaca los levantamientos indígenas del Ecuador, en mayo y junio de 1990; el levantamiento Zapatista en Chiapas México en enero de 1994; los llamados tratados de paz en Guatemala, que son acuerdos sobre identidad y derecho de los pueblos indígenas, en marzo de 1995; las reformas legales-constitucionales paradigmáticas de Colombia, por las que se reconocen los derechos territoriales de los indígenas creándose los “resguardos”, algo inaceptable en Bolivia; la constitución de la autonomía de

⁹ Citado en John Holloway, *La revuelta de la Dignidad*. <http://membres.lycos.fr/revistachiapas/No5/ch5holloway.html>. (12 de noviembre 2007).

¹⁰ Ver Silvia Rivera, *Oprimidos pero no vencidos, las luchas campesinas aymara y quechua 1900-1980*. (Cuarta edición castellana) Aruwiwiri/Yachaywasi, La Paz 2003.

¹¹ Silvia Rivera, “Chhixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores”. En: Mario Yapu (compilador), *Modernidad y pensamiento descolonizador*. Fundación PIEB/IFEA. La Paz 2006. p. 3.

¹² Parece que en esa dimensión lo presenta Adalid Contreras, *Movimientos sociales, políticas de seguridad y democracia*. Gustavo Guzmán (Editor), La Paz 2005. p.11.

¹³ El libro *Movimientos Sociales y Conflicto en América Latina*, compilado por José Seoane, retrata sorprendentemente los conflictos vividos en Venezuela, Paraguay, Uruguay, Brasil, Bolivia, México, Ecuador, Colombia, Guatemala y Argentina, y sobre cuyos datos el compilador se apoya para señalar: “(...) estos movimientos de origen rural –que han ocupado un lugar destacado en el conflicto social contra el ‘neoliberalismo’- dieron nacimiento a una serie de originales y novedosas construcciones colectivas portadoras de inéditos desafíos e interrogantes en lo concerniente a sus formas organizativas y de protesta, sus programáticas y referencias (por ejemplo la demanda de ‘autonomías’ formulada particularmente por el movimiento indígena), sus concepciones sobre la política, los partidos y el Estado, así como los horizontes emancipatorios que éstas plantean.” (Seoane: 2003:14). Ver también, Alberto García, Fernando García, Luz Quitón, *La “Guerra del Agua”, abril de 2000: la crisis de la política en Bolivia*. PIEB, 2003; Miguel Pinto Parada, *Lecciones de levantamiento popular del 12 y 13 de febrero*. CEDLA, La Paz 2003; Hugo José Suárez, *Una semana fundamental*. Muela del Diablo, La Paz 2003 y “Octubre en Bolivia”, Revista Artículo Primero N° 16, CEJIS, 2004.

la Costa Atlántica en el marco de la revolución Sandinista en Nicaragua; la primera asamblea de la Conferencia Permanente de los Pueblos indígenas del Perú en diciembre de 1997; y otros muchos.¹⁴

Félix Patzi hace un recuento de algunos hitos de movilización indígena constitutivos de una nueva fase des-colonial en Bolivia. El movimiento indígena que convoca a un bloqueo nacional de caminos en abril del año 2000 en el que se demandaba el cambio de la Ley de Aguas y un freno a la constante alza de precios de carburantes. Otro bloqueo de caminos comenzó el 11 de septiembre y duró hasta el 7 de octubre de 2000. El bloqueo organizado en junio de 2001 y la revuelta de los campesinos de Sacaba en enero de 2002.¹⁵ Entonces siguen las postulaciones a la presidencia de Evo Morales con el MAS-IPSP y de Felipe Quispe con el MIP en junio de 2002, en la cual el primero se acerca vigorosamente al primer lugar. La etapa final de este ciclo se inicia con el movimiento contra el “impuestazo” del 12 y 13 de febrero de 2003. La revuelta indígena más significativa de esta etapa contemporánea es la que se ha denominado “guerra del gas” en octubre de 2003. El foco del conflicto fue la ciudad indígena de El Alto, aunque sus raíces estuvieron en la marcha indígena desde Batallas. La lucha de los indígenas urbanos y sus formas de acción comunal lograron echar al presidente de entonces y reconfigurar un nuevo panorama político institucional.

Pero el proyecto des-colonial puede estar sostenido también desde arriba. En diciembre del año 2005 se convocó a elecciones y Evo Morales, candidato por el MAS-IPSP, ganó con más del 50% de los votos, algo inédito en la historia boliviana. El día 22 de enero de 2006 fue posesionado en el Congreso boliviano el “nuevo” Presidente, junto al rito de posesión realizado día antes en el histórico lugar de Tiwanaku y la multitudinaria fiesta vivida en la plaza Murillo el día 22, la posesión en el Congreso fue un acto formal de ocupación del poder estatal. En el campo de los referentes políticos y culturales des-coloniales se produjo ya una transición. Álvaro García Linera cuenta que en una de las visitas de Evo Morales a la localidad de Pocoata¹⁶, éste le preguntó a un niño si había recibido el bono Juancito Pinto y qué haría con él; el niño respondió con una contundencia feroz: “me voy a preparar para ser como vos”. Linera afirma que los indígenas que se proyectaban como campesinos, o en el mejor de los casos como albañiles o cabos de policía, hoy se proyectan en todos los niveles de mando y ocupación política e intelectual de Bolivia, a esto llama él una “revolución simbólica”, la más importante después de las rebeliones de Tupak Katari (1781) o Zárate Willka (1899)¹⁷.

Marcelo Fernández reconoce en la política emergente de Evo Morales un nuevo *ethos* colectivo, una suerte de quiebre histórico que marca el retorno de lo propio, el revolvimiento del tiempo de la dominación, el giro des-colonial.¹⁸ Seguramente si -siguiendo la hipótesis de Luis Tapia- consideramos que la aplicación de las políticas neoliberales son una re-actualización de la lógica colonial, ya sea porque genera una desastrosa desarticulación del gobierno y de la economía de los países, o porque se refuerza la imagen de centralidad de un tipo de civilización y cultura, la llamada occidental, moderna, capitalista y liberal que se ubica al centro de la historia mundial, entonces no cabe duda que un

¹⁴ Ver José Bengoa, *La emergencia indígena en América Latina*. FCE, Santiago 2000. pp. 86 y ss.

¹⁵ Félix Patzi, “Rebelión indígena contra la colonialidad y la transnacionalización de la economía: triunfos y vicisitudes del movimiento indígena desde 2000 a 2003”. En: *Ya es otro tiempo el presente, cuatro momentos de insurgencia indígena*. Muela del Diablo, La Paz 2003. p. 199 y ss.

¹⁶ Una localidad ubicada en la provincia Arani del departamento de Cochabamba.

¹⁷ Ver Maristella Svampa y Pablo Stefanoni, “Evo simboliza el quiebre de un imaginario restringido a la subalternidad de los indígenas”, entrevista con Álvaro García Linera. En: Monasterios/Stefanoni/Do Alto (editores), *Reinventando la nación en Bolivia. Movimientos sociales, Estado y poscolonialidad*. Plural/CLACSO. La Paz 2007. p. 151.

¹⁸ Ver Marcelo Fernández, “*Pachakuti*. Pensamiento crítico descolonial aymara frente a epístemas opresores. En: Mario Yapu (compilador), *Modernidad y pensamiento descolonizador*. Fundación PIEB/IFEA. La Paz 2006. p. 93.

proyecto político antagónico supone ya el inicio de un proceso des-colonial. La presencia misma de un gobierno con rostro y programa indígena en medio de instituciones formuladas en base a una cultura política predominantemente liberal supone un “descentramiento” del lugar del poder.¹⁹

Todos estos procesos des-coloniales tienen su raíz en la afirmación de la dignidad. Si el efecto más nocivo de la colonialidad fue y sigue siendo la “deshumanización”, la negación de “lo humano”, del “otro”; entonces la forma más esencial de un proceso des-colonial tendría que ser la humanización, la afirmación de lo humano del otro. Afirmar lo “humano” no significa simplemente el reconocimiento de una cierta condición biológica distinta de otras (lo humano distinto de lo animal) sino la afirmación de un universo de relaciones constitutivas de la condición humana (organización cultural, política, económica, social, espiritual, etc.). Pero estos proyectos macro de transformación no pueden dejar de lado una tarea fundamental, la descolonización de los cerebros y de las almas, la necesidad de revertir centímetro a centímetro la presencia del “enemigo interior”, aquél que nos impone el resentimiento, la desconfianza mutua o el mimetismo cotidiano.²⁰

La descolonización se diseña como una actitud. Una actitud que no nos separa de la historia sino que nos introduce en ella de una nueva forma. Nos prepara -por eso es importante entenderla como un proceso- para comprender la necesidad de “hacernos humanos” como un proyecto continuo. Nos interpela -por eso es importante entenderla como un “giro”- a dejar modos de ser y de pensar coloniales. Nos rompe- por eso hay que entenderla en el sentido de apertura urgente- para facilitarnos el verdadero descubrimiento del “otro”. Nos moviliza -de ahí su característica activa- hacia la novedad esperanzadora de todo proceso de transformación. La descolonización no es otra cosa que una mayor humanización.

¹⁹ Ver Luis Tapia, El triple descentramiento, igualdad y cogobierno en Bolivia. En: Monasterios/Stefanoni/DoAlto (editores), *Reinventando la nación en Bolivia. Movimientos sociales, Estado y poscolonialidad*. Plural/CLACSO. La Paz 2007.

²⁰ Silvia Rivera, *Oprimidos pero no vencidos, Aruwi yiri/Yachaywasi*. La Paz 2003. p. 14.